

## CARLITOS

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa. En un pueblo como este, nací yo.

¡Carliiiiiiiiiitooooossss!

Era el grito que se oía, cual flecha que atraviesa los parques naturales de La Calderona y El Espadán. Grito, que tenía su origen en el balcón de una casa situada en la conocida popularmente como Plaza del Arroz, en la señorial, real, ducal y episcopal ciudad de Segorbe.

Allí residía yo. Mi madre se volvía a esforzar una vez más gritando mi nombre a todo pulmón sabedora que no andaría lejos, como mucho, en la casa colindante a la mía, actual palacio del obispo, pègado a la sotana de Fray Laureano conocido por todos como Fray Hierbas.

Y es que no había planta, tallo, árbol o arbusto que Fray Hierbas no conociera. No solo su nombre y propiedades, si no también las «pócimas milagrosas» que con ellos se podía crear.

A la edad de cuatro años enfermé. Tenía unas toses que nadie creería, que esos ruidos u expectores, pudieran salir de la garganta de un rapazuelo de tan corta edad. La fiebre, temblores, inapetencia y debilidad amenazaban con hacerme visitar, para no volver, la casa del sueño eterno en la partida de Cascajo.

Fray Hierbas estuvo día y noche en el canto de mi cama, intentando con friegas y cataplasmas varios, que el temido señor de la guadaña no me alcanzara a tan corta edad.

Poco a poco fui volviendo a la vida. Desde ese día mi agradecimiento por el saber de Fray Hierbas fue eterno.

A partir de entonces, supe con claridad a qué quería dedicarme en cuerpo y alma durante toda mi vida.

-----

Era jueves de mercado. La calle Colón bullía entre el griterío de vendedores, puestos de fruta y verduras, cestas, productos alfareros y los cientos de visitantes de los pueblos vecinos que se acercaban a este singular bazar de oportunidades.

—¿Dónde vas Carlitos tan caviloso con esa cesta llena de plantas aromáticas?

La tía Rosilda me sacó de mis pensamientos. La miré sonriendo. Allí estaba ella, como cada jueves, rodeada de los huevos de sus «gallinas ponedoricas» como ella las nombraba. Delantal de un blanco impoluto y su canoso moño recogido con esmero, cubierto de horquillas para que ni un solo pelo rebelde estuviese fuera de su sitio.

—¿Que me llevas zagal que hasta aquí me viene el olor que sale del cestillo?

—Ruda, tía Rosilda.

—¿Y *pa qué* vale esa susodicha *plantica*?

—Pues para muchos males tiene esta planta remedio, contesté. —Partiendo del estreñimiento, desórdenes digestivos y dolores de cabeza. Emenagoga es también.

—¿Y *qué quies* decir con esa *palabreja*?

—Para los malestares ocasionados por la menstruación tía Rosilda, aunque a usted no creo ya que le sea muy efectiva— dije con una media sonrisa.

—Mira que eres *sabedorico* zagal. Bien harán los padres en darte estudios pudientes, para que llegues a ser un buen médico y cures, no solamente muchos cuerpos sino también almas y corazones.

Seguí mi camino y me detuve unos metros más arriba, en la parada del hierbero. Manuel mostraba sus cajas de cartón llenas de garbas de tomillo, romero, manzanilla, boldo....

Cada caja tenía escrito en un lateral el nombre de la planta que contenía y también algunas de sus propiedades.

Tomillo para la faringitis, gripe... Romero para una buena digestión. Manzanilla para los dolores de tripa y boldo para el hígado.

Añadí un puñado de ruda cerca de una de las cajas y le dije: —aquí tienes Manuel, para ese dolor de cabeza que no te deja vivir.

Me pagó con una de esas sonrisas amables que no tienen precio, porque sabes que salen de esa parte del alma que solo tienen las gentes nobles y de buen corazón como el tío Manuel.

Algún día me gustaría tener mi propia botiga, pensaba siempre que veía la “tiendecilla ambulante” de Manuel. Llena de hierbas medicinales y aceites esenciales de rutáceas, coníferas, lauráceas, apiáceas...

-----

—¿Me has traído lo que te pedí? —preguntó Fray Hierbas con la mirada fija en el proceso de destilación y el vapor de agua que salía del mismo, creando en el ambiente una atmósfera mágica de nubes y olores.

—Aquí las tienes. Aunque creo que no soy el único que acude a la glorieta a recoger las hojas de eucalipto, ya que las ramas más bajas de este estaban todas peladas.

—Es normal Carlos, estamos en época de constipados y como tú bien conoces, y la mayoría de nuestros vecinos, los vahos de eucalipto son infalibles en las patologías de las vías respiratorias.

—Vaya que si Fray Hierbas. Aún recuerdo el pavor que me daba de muy pequeño meter la cabeza bajo una toalla, para inhalar el vapor tan caliente que salía de esa olla que con todo el cariño me había preparado mi madre para que pudiera respirar un poco mejor. Hasta que mis fosas nasales se acostumbraban a esa temperatura, temía quemarme todas las vías respiratorias.

Fray Hierbas sonreía, atento al proceso de liberación del aceite esencial.

Lo miré muy fijamente y me atreví a lanzarle la pregunta que llevaba varios días martilleando mi cerebro:

—Fray Hierbas— dice con cierta timidez, intentando captar su atención.

—¿Qué te inquieta Carlitos? —preguntó sin mirarme. Me conocía tanto que creo que sólo con el timbre de mi voz, sabía que algo no iba bien en mi interior.

—¿Existe alguna, planta, poción, brebaje...para el mal de amores?

—La misma que existe para la locura —replicó sin apartar la vista de su mesa de trabajo. Esperé unos segundos que me parecieron eternos antes de volver a preguntar, pero cuando estaba a punto de abrir la boca dijo: —ninguna.

No es amor de verdad si no se ama con locura. ¿Lo es el tuyo Carlitos? —Esta vez sí levantó la vista y enfrentó su mirada a la mía.

La bajé con encogimiento y cuestioné —¿eso, como se sabe?

—Cuenta una leyenda —continuó Fray Hierbas, no ajeno a mi incertidumbre —, que cercano al palatino municipio de Algimia de Almonacid, hay una cavidad de unos veinte

metros de profundidad con una gran sala de estalactitas y estalagmitas denominada La Cueva del Estuco.

Los jóvenes que deseaban encontrar el amor eterno acudían a ella el primer día del solsticio de verano. Este día a las doce en punto, un rayo de luz solar entra por un pequeño orificio situado en lo alto de la cueva iluminando el interior de esta durante unos mágicos segundos. Es en ese momento, cuando la oscura caverna se esclarece, donde los cuerpos de aquellos que desean ser amados, deben permanecer bajo el rayo solar, invocando desde lo más profundo de su corazón que sus deseos ocultos lleguen a su amada.

—¿Duele tu corazón por no ser correspondido o por el desconocimiento de no saber si podría llegar a serlo?, me preguntó Fray Hierbas, con esa serenidad tan propia de los corazones ya ocupados por el creador del universo.

—Esto último —respondí asombrado aún por la fábula que acababa de escuchar.

-----

La Cueva del Estuco se encontraba muy cercana al Pico Espadán. Lugar al cual subía regularmente desde el Collado de la Nevera y por el camino de la Ibola.

Ascendía hasta sus 1.106 metros para contemplar desde esta altura los municipios limítrofes y sus bosques de alcornocales y pino rodeno.

Ya en la bajada, llenaba mis alforjas de matojos de brezo, torvisco, clavellet de roca o ginesta de sureda entre otras especies.

Siempre recordaba coger bracera por sus grandes cualidades como digestiva, antiséptica y antiinflamatoria.

Y no pasaba de largo ante “la herba de llunetes”, conocida como hierba de los anteojos, por su similar forma y que tanta gracia les hacía a los chiquillos del pueblo cuando se la regalaba y la ponían sobre sus ojos ante las risas de unos y otros. Ajenos a sus propiedades diuréticas y antiinflamatorias.

Tardé en encontrar la citada cueva escondida entre encinas y pinos carrascos.

Las resbaladizas piedras de rodano me dificultaron el acceso a esta, y la pronunciada bajada hasta el fondo de sus entrañas, me llenó de temor ante una indeseada caída que pusiera fin a mi sueño de alcanzar sus hechiceros rayos, a pocos minutos ya de las doce del mediodía.

Al final, la prudencia junto la razón vencieron al miedo y la desazón, De este modo pude alcanzar mi objetivo, cuando apenas faltaban cinco minutos para el anhelado momento.

Nadie más había en la cavidad de la cueva. Solo dos lagartijas osaron mirarme con más curiosidad que temor.

Pensé que la leyenda contada por Fray Hierbas meses antes, no fuera cierta y solo fue un intento de alegrar mi espíritu adolescente.

Mientras mis pensamientos estaban retrocediendo al pasado, un haz de luz se posó delante de mis ojos. Elevé la vista al cielo y allí presencié ese mágico instante donde la noche se hace día en apenas unos segundos. No existe la palabra que describa ese indeleble momento.

Me dejé bañar por esa luz que cruzaba las entrañas de la tierra, haciéndome sentir muy pequeño ante la increíble fuerza y belleza de ese fenómeno de la naturaleza.

-----

Meses más tarde asoló a Segorbe una terrible enfermedad de la que poco se conocía. Los síntomas eran los de una gripe que parecía no tener fin. Las fiebres e inapetencia del enfermo le llevaban a consumirse de una manera asombrosa y dejar el mundo de los vivos ante la desesperación de médicos y curanderos.

Ayudé a Fray Hierbas en todo lo que estuvo en mis manos, acelerando el proceso para obtener ungüentos, cataplasmas y todo lo que pudiera aliviar esos desenfrenados síntomas.

El hospital de pobres de San Miguel, a solo dos pasos de mi casa, del cual se decía que más pobre salías que entrabas. Ya que ante tanta bondad siempre encontrabas algún ser lleno de codicia que pobre de aquel que llevara una muela de oro, único testigo de que esa boca vivió tiempos mejores.

Dicho hospital no daba abasto. Ya que no hay mayor germen de productividad para la enfermedad que la pobreza.

Carentes de casa y alimentos básicos, menos podían hacer frente al pago de cualquier remedio que aliviaran sus males.

Aunque esta dolencia no distinguió entre adinerados y menesterosos. A todos acompañó al campo santo. En su caja de pino o en su humilde mortaja.

Necesitados de algún lugar donde atender a los enfermos, algunas estancias del palacio se llenaron de catres, donde ante la ausencia de médicos, los religiosos ejercían más de sanadores de almas que de cuerpos.

Esperanza fue lo último que pensé que encontraría en mis rondas diarias. Donde acompañando a Fray Hierbas, portaba la bandeja con los distintos remedios que habíamos podido elaborar en tan corto tiempo. Aceites, cataplasmas, infusiones..., todo valía y todo se probaba.

Esperanza, mi soñada y amada en silencio.

Nunca lo supo y nunca se lo dije. Pensé que el baño de luz de la Cueva del Estuco haría lo que mi verecundo corazón se negaba. Pero no fue así.

La vi partir. Elevarse a las alturas mientras día y noche rezaba por su alma.

Fray Hierbas vio la luz de mis ojos en ese primer encuentro y como esta se apagó al mismo compás que el corazón de Esperanza.

Me miró y me dijo:

—Siéntete correspondido. Lo vi en tus ojos, pero también en los de ella.

-----

Cuando la pandemia se fue por donde había venido y el pueblo comenzó a recuperarse de los vacíos que ésta dejó. Yo tomé la firme decisión de irme a estudiar a Barcelona.

Necesitaba poner tierra de por medio. Pero lo que más precisaba era encontrar medicamentos que evitaran las muertes de más “Esperanzas”.

Me inscribí en la Universidad de Farmacia.

Las montañas del Tibidabo pasaron a ser mi Espadán en tierras catalanas.

Conocí nuevas plantas, con las cuales ampliar conocimientos y remedios.

Volvía cada verano a mi amado Segorbe. Lleno de fajos de plantas hasta en los bolsillos. Allí pasaba los valores del verano, en el laboratorio de Fray Hierbas. Probando, experimentando y creando cual hechiceros, fórmulas secretas que guardábamos con esmero, con la certeza de que cada pequeño paso era un gran avance que evitaría más dolores, más pesadumbres y más muertes.

—Hasta aquí llegan prontas las noticias de tus avances en la universidad de la Ciudad Condal, Carlitos. Aunque ya creo que va siendo hora que Carlitos pasé a llamarse Don Carlos, —dijo Fray Hierbas con una pícaro sonrisa.

—Carlitos, llámeme Carlitos, igual que yo utilizo con usted su apodo familiar. Que el don entre amigos, crea una distancia que nunca quisiera entre nosotros. Pero dime, ¿cuáles son esas *dijendas* que han llegado a tus oídos?



—Pues que tu saber y entendimiento del mundo de la botánica, rebasa de lejos el de muchos de tus profesores.

Sonreí para mis adentros y mirándolo de soslayo respondí:

—He tenido y tengo un gran maestro, ¿no cree?

Mucho se aprenderá dentro de esas aulas, pero de naturaleza y lo que ella nos da, se aprende pateando sus tierras.

No hay metro cuadrado en todo el Espadán y Calderona que yo no conozca. No hay flor, planta, tallo, rama o ramucha que no hayamos desmembrado juntos en el afán de conocer todo el saber y propiedades que podamos encontrar en ella, respondí.

—Años llevas de andadura y avanzadilla en estos menesteres, para que nadie te discuta o te ningunee propiedades de planta alguna, dijo Fray Hierbas orgulloso de su pupilo.

— Aunque, ¿no se si encontraste la cura al mal de amores?

—Sigue doliéndome el corazón ante lo que pudo haber sido y no fué —comenté con los ojos nublosos—. No ha habido hembra que sane mi cuerpo ni que le haga apartar de mi recuerdo. Vivirá en mi eternamente, ya como flor, hierba medicinal o mala hierba. Sí, no me mires con esa cara, para mí siempre será una mala hierba, y no en el sentido despectivo de la palabra, sino porque esas hierbas por mucho que las arranques, siempre vuelven a crecer, de ahí el dicho de mala hierba nunca muere. Pues de igual forma ella nunca morirá, ni en mi corazón ni en mi recuerdo, terminé.

-----

Años pasaron desde mi graduación. Mi doctorado en la Universidad Central de Madrid. La regencia de mi primera botica en Olba. Mis trabajos científicos y mis controversias con otros botánicos.

Aunque mi amor por Segorbe, me llevó de nuevo a la capital del Alto Palancia donde pude hacer realidad el sueño de aquel niño que todos los jueves de mercado, mirando el puesto del hierbero, soñaba con tener su propia botica.

Desde aquí seguí recorriendo las sierras de El Toro y Pina de Montalgrao. Enriqueciendo notablemente mis conocimientos y experimentando con las plantas de estas tierras en mi propio laboratorio.

Ya Fray Hierbas nos dejó una fría noche de enero. Murió de la mejor enfermedad que existe, de viejo. Rebasaba con creces los noventa, y una noche pasó sin darse cuenta de soñar en el mundo terrenal a soñar el sueño eterno.

-----

Quiso mi cuerpo, ya entrado en años, volverse a adentrarse en la cavidad de aquella cueva.

Elegí el mismo día y esa misma hora donde la luz vence a la oscuridad.

Nunca más volví a ella desde que la fábula contada por Fray Hierbas picara mi curiosidad en saber cuánto había de real y cuánto de ficción en sus palabras.

Los rayos volvieron a bañarme con esa aura de eternidad que solo la magia de momentos únicos e indescriptibles pueden lograr.

Vi su rostro, vi su mirada. Esperanza me sonreía entre las brumas del haz solar. Fue un momento, pero bastó para llenar mi alma de agradecimiento eterno al descubrir que sí. Que el hechizo del mal de amores se desvaneció y desapareció en el interior de esa cueva.

Las pocas fuerzas que me quedaban las gasté en mi ascenso hasta la cima del Pico Espadán. Consciente que esta sería la última vez que mis ojos agradecieran a la vida el poder contemplar la belleza de ese paraje.

Ya en la cima grité con todas mis fuerzas Carliiiiitooossss.

A la mente vino la imagen de mi madre llamándome desde el balcón de nuestra casa. Y el de la única vez que vi lágrimas en sus ojos. El día en que mi pueblo reconoció mi valía como botánico y en un lugar, que con el tiempo llevaría mi nombre, subí al escenario.

Y ese día dejé de ser Carlitos y pasé a que me conocieran en el mundo entero como Don Carlos Pau Español.